El componente escatológico y sexual en refranes y dichos populares en un ambiente rural

RAFAEL GARCÍA DE MESA
Universidad de Córdoba

No resulta frecuente el tema de este trabajo en los refraneros publicados; los refranes o dichos que a él hacen referencia aparecen generalmente entremezclados y en escaso número. Y, sin embargo, la frecuencia de su uso llama la atención a cualquier aficionado a estas expresiones populares.

Suelen distinguirse por su atemporalidad, a diferencia, por ejemplo, de los que aluden a las labores agrícolas u otras, muchas de ellas anacrónicas o sustituidas por nuevas técnicas. Cualquiera de los aquí recogidos cuenta más de un siglo, pues los escuché de quien tenía más edad que yo ahora y desde que tengo uso de razón. Justifica esto suficientemente su inclusión en el corpus que presentamos.

Su foro fue casi siempre la taberna, el mercado o la tertulia a la puerta de las casas, en noches calurosas de verano. Algunos de ellos no los he visto nunca escritos y de otros busqué las variantes que me permitieran expresar la misma sentencia, fin último del refrán a mi juicio, en situaciones en las que no fueran aconsejables las que han sido objeto de este trabajo.

En tanto que formas de expresión sentenciosas, reúnen las peculiaridades propias de los refranes más selectos y añaden maliciosa o pícaramente las alusiones más o menos directas al sexo o a lo escatológico.

Comenta Rafael Mir en el prólogo al *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* del Maestro Gonzalo Correas, a propósito del método empleado por el autor en la recopilación de su ingente obra:

> Llevado de tal entusiasmo por esta sabiduría popular, lo buscaba y huroneaba y recogía todo. No le arredraba ni la extrañeza, ni la peregrinidad, ni la brutalidad de la frase [...] Todo tenía para él igual valor, todo era digno de ser archivado y conservado como alhaja de valor incalculable. (Correas, 1992: XXIII)

Idéntico criterio hemos seguido en nuestra recopilación y ninguno nos pareció desechable por principio, aunque algunos fueron expurgados por su hiriente desvergüenza.

Recopilados por L. Martínez Kleiser en su *Refranero General Ideológico Español* hemos localizado hasta 111 de ellos, agrupados bajo las asignaciones de «Escatológicos, Evacuaciones y Flatulencias» (Martínez Kleiser, 1978: 244-256-274 a 276) y algunos más salpicados en diferentes grupos.

La brutalidad de algunos refranes o dichos a la que hace referencia Mir —grosería para muchos— responde atávicamente a un aspecto singular del lenguaje hablado que parece encontrar en el uso de expresiones escatológicas o relacionadas con el sexo un refuerzo a la argumentación, una inusual fuerza expresiva y un recurso de probado valor nemotécnico. Coincide este último aspecto con el chiste, pero difiere esencialmente de él en cuanto que su objetivo no es provocar la risa, algo accesorio en quien pretende argumentar, aconsejar o dejar patente lo que la experiencia propia o ajena le ha enseñado. A lo más, provocará una sónrisa.

El que para poner de manifiesto la importancia de la práctica en todo aprendizaje se expresa diciendo: *Cortando cojones se aprende a capar* conoce, sin duda, que *La práctica hace maestros* o que *La experiencia es la madre de la ciencia* y, sin embargo, entre iguales, preferirá posiblemente aquella otra, cuya oportunidad es tanto mayor cuanto que recoge un hecho tan habitual aún en nuestros pueblos como la crianza del cerdo que llenará la despensa por todo un año. Idénticos referentes encontramos en *Quien con su navaja se capa buenos cojones se deja* para hacer ver que nadie procura su propio daño.

No hay que ver, pues, en estos dichos más allá de la picardía, aun cuando se encuentren algunos de mal gusto que no tienen cabida en esta recopilación. Tampoco se dicen refranes como se cuentan chistes. El refrán o el dicho requieren la oportunidad de su empleo y pierden valor y gracia cuando se sueltan sin ton ni son. Así lo admite Don Quijote cuando dice a Sancho: «Dime, ¿dónde los hallas, ignorante, o cómo los aplicas, mentecato, que para decir yo uno y aplicarle bien sudo y trabajo como si cavase?».

Variados han sido los criterios de agrupación y clasificación de los refranes; los más aceptados, el orden alfabético o una agrupación temática, como es el caso de la ofrecida por L. Martínez Kleiser. La explicación o la glosa suelen acompañarlos en otras publicaciones.

Ninguna de estas formas, lógicas cuando el corpus es muy numeroso, me parecía la adecuada, por su monotonía, para los que he querido presentar, y, como el autor, el protagonista y el último destinatario de todos ellos no es otro que el pueblo, sea él, por boca de uno cualquiera de los muchos personajes a los que pudiera atribuirlos, los que den algo de vida a los que hemos seleccionado.

Mi personaje desea al novio cuya boda está próxima: *Salud y fuerza en la cañadú*, y le aconseja: *Cuida del cirio que la procesión es larga.* Si la novia elegida no fuera de su agrado por tener algún defecto físico, capaz será de comentar con un amigo: *Nunca compres mula coja pensando que sanará, que si las buenas encojan, de las cojas qué será.*

Suelen los lugareños mantener y hasta fomentar la rivalidad, sana unas veces y otras no tanto, con los pueblos próximos y zaherir a sus vecinos, especialmente si alguno contrae matrimonio con mujer foránea. Nada mejor que recordarle: *No compres mula en Pedroche, ni hagas noche en Torrecampo, ni te cases en Dos Torres, ni amigos de Pozoblanco.* Los topónimos circunscriben el área geográfica base de este trabajo.

Placer y juventud deben ir unidos, pues: *El que nísperos come y bebe cerveza, espárragos chupa y besa a una vieja, ni come ni bebe ni chupa ni besa.* Y si de elegir mujer se trata: *La mujer y la navaja escógela por las cachas.*

Gusta mi personaje de piropear con gracia a las mozas que con él se cruzan y se justificará: *Caballo que, yendo al paso, ve una yegua y no relincha, o es que le falta cebá, o es que le aprieta la cincha o es que no vale pa na.*

Si el tema de conversación es la salud, argumentará: *Come mucho, pee fuerte y ríete de la muerte.* Pondera la amistad y la valora como pocos. Si la situación así lo requiere, se mostrará educado: *Amigo que no da y navaja que no corta, aunque se pierdan no importa*; pero, si está entre amigos, se muestra más contundente: *A los amigos el culo; a los enemigos, por culo*, lema, según él, de los soldados en la pasada contienda civil. Para criticar al tacaño dirá de él que *Por no dar, ni de cuerpo.* Del vecino bien acomodado que no disfruta de sus bienes o los administra mal comentará: *Dios le da mocos a quien no se los sabe sonar.*

Echa una mano a cualquiera que ve en apuros por aquello de que *Una ayuda siempre es buena...* a lo que posiblemente le contestarán: *... aunque sea por el culo.* Pero si la ayuda llegara tarde, diría: *A buena hora, agujeta, ya que me he cagado en los calzones*, o espetará al amigo al ver que se retrasa: *Siempre detrás, como los cojones de los galgos*, y, si fuera en el tajo, que debieran llevar parejo: *Si quieres ver a tu compañero andar, párate a cagar*, o ante una acción inoportuna del amigo, que provoca un retraso, quizás le recuerde que es: *Como los galgos de Lopera, que, siguiendo la liebre, se paraban a cagar.* Si, además, el esfuerzo ha sido baldío: *Mi mujer ha malparío, trabajo perdío.*

No cabe lamentarse a destiempo o cuando algo no tiene remedio. Según le venga, argumentará que *A burro muerto, la cebada al rabo; A liebre ida, palos a la madriguera*, pero, si quiere ser más incisivo, no dudará en lanzar: *Después del peo soltado, apretar las cachas.*

Los políticos no suelen ser santos de su devoción porque sólo saben: *Prometer hasta meter y, una vez que se ha metido, nada de lo prometido*, y, si alguno obrara especialmente mal, haciéndose con ello acreedor a la crítica popular, justificará lo que de ellos piensa diciendo que *De mala leche no puede salir buen queso.*

Compartir el momento del vaso de vino es un ritual y la ocasión cierta de provocarle para que largue en retahíla algunos más de los que convienen a mis intenciones. Un desacierto del joven que nos sirve me da pie para comentar, intentando excusarle, que *El mejor escribano echa un borrón* a lo que un tercero a la mesa apostilla: *El que tiene boca se equivoca.* Él va más allá y casi susurrándome al oído, quizá para no escandalizar, con pícara y maliciosa sonrisa suelta: *A la mejor puta se le escapa un peo*; supe luego que no había sido invención suya, pues lo oí en otras bocas y otras ocasiones.

La virilidad es tema común en cualquier conversación. No presume como otros y, al hablar de la frecuencia del acto sexual, propone como norma: *Una vez al día, guarrería; una al mes, poco es; una vez a la semana, cosa sana.* A los que resultan sorprendidos en su buena fe por el amigo o el pariente aprovechado les recordará que *Mientras más primo, más te la arrimo.* No conviene ser en exceso complaciente, pues *Cuanto más te agachas, más se te ve el culo* y saluda al glotón recordándole que *Así come el mulo, así caga el culo.*

Las rencillas, mejor olvidarlas, pues *La mierda más huele cuanto más se mueve* y sepa quien promete cambiar de condición que *El que tiene un vicio, si no se mea en la puerta, se mea en el quicio.*

Ante los reproches de su mujer por su diaria y puntual visita a la taberna, contraataca argumentando que: *Si el vino entuertara, habría más tuertas que tuertos*, o con aquel otro de: *Que nadie critique a nadie, que somos de carne humana; que no hay pellejo de vino que no tenga su botana.*

Si la mala suerte o las desgracias se suceden dirá que *Cuando el año está de leches, hasta los machos la dan*, y, si aquéllas llegaran a cebarse en algún amigo, dirá de él que es *Más desgraciado que el postigo de S. Rafael, que todo el que pasaba se cagaba en él*, en clara alusión a la puerta falsa de algún convento que serviría de lugar de evacuación para los mozos amigos de rondar hasta la madrugada.

Elude responsabilidades ajenas alegando que *El que parió el cojombro, que se lo eche al hombro* y, si la utilidad o rentabilidad de un trabajo resultara escasa, aconsejará *Herrar o quitar el banco* y, las más veces, *Para puta y no ganar na, mejor mujer honrá.*

Si acaso surge el tema de la fidelidad en el matrimonio dirá: *Los hijos de mi hija mis nietos son, que los de mi hijo pueden serlo o no* o, si habla del noviazgo, que: *Los novios, como los mocos, se van unos, vienen otros*, y en cuanto a preservar la virginidad: *Entre santa y santo, pared de cal y canto.*

No se debe aspirar a conseguir dos cosas incompatibles o contrarias, a no ser que pretendas *Tener con una hija muchos yernos* o ser *Como el cura de Mejías, joder y capellanía.*

Manifiesta su menosprecio hacia una determinada situación adversa y transitoria diciendo que *Para el tiempo que estaré en este convento, me cago dentro*, y, consciente de la responsabilidad que se contrae con la palabra empeñada o con la firma de un documento, aconsejará que *Ni firmar sin leer ni mear sin peer.*

De los vanidosos acostumbra a decir que *El que se alaba en su mérito se caga* y de los que emprenden algún trabajo manual sin las herramientas adecuadas que *Albañil sin regla, ni albañil ni mierda.*

Cuando la mujer se empeña en imponer su criterio no tendrá más argumento que *Más pueden dos tetas que dos carretas*, y critica a las fisgonas tras los postigos entreabiertos: *Mujer en ventana más*

pierde que gana, o también: *Putas en ventana, mala mañana*. A las que hoy disputan y mañana se reconcilian: *A la noche putas y a la mañana comadres*.

Hora es ya de acabar, fieles y respetuosos con la brevedad, pues *Lo poco gusta y lo mucho harta*.

Sirvan estos ejemplos como testimonio de ese otro refranero, vivo como el que más y merecedor de una presencia más amplia en los numerosos compendios que al refrán se dedican.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BERGUA, J. (1944=1984): *Refranero español: Colección de ocho mil refranes populares...* Madrid: Ed. Ibéricas.

CORREAS, G. de (1627=1992): *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*. Ed. de V. Infantes. Madrid: Visor.

MARTÍNEZ KLEISER, L. (1953=1978): *Refranero general ideológico español*. Madrid: Hernando.